CUERPO Y CONTEXTO SÍGNICO EN LA SEMIÓTICA DE PEIRCE

BODY AND SIGN CONTEXT IN THE SEMIOTICS OF PEIRCE

Lucia SANTAELLA
Universidad Católica de São Paulo
lbraga@pucsp.br

Resumen: En las últimas décadas, las cuestiones relativas especialmente al cuerpo humano, pero también a los cuerpos no humanos, se han convertido en uno de los grandes temas de la cultura. El cuerpo, durante algún tiempo, bajo el dominio de la ciencia y la medicina, se convirtió en objeto de reflexiones de filósofos, psicoanalistas, estudiosos de la cultura y, sobre todo, de la obra de los artistas. Este artículo parte de un recorrido por esta nueva condición del cuerpo para luego discutir el papel que juega el cuerpo del signo en la semiótica de C. S. Peirce. Para comprender mejor este tema, se disipan algunos malentendidos comunes que rodean las aplicaciones de la semiótica peirceana para adentrarse en la maraña de signos y sus respectivos cuerpos en la que nos vemos envueltos en las sociedades contemporáneas.

Palabras clave: Cuerpo. Signo. Cultura. Semiótica. Contexto. Ch. Sander Peirce.

Abstract: In the last decades, questions concerning especially the human body, but also non-human bodies, have become one of the great themes of culture. The body, for some time, under the domain of science and medicine, became the object of reflections of philosophers, psychoanalysts, scholars of culture and, above all, of the works of artists. This article starts from an overview of this new condition of the body to then discuss the role that the body of the sign plays in C. S. Peirce's semiotics. In order to better understand this issue, some common misconceptions that surround the applications of Peirce´s semiotics are dissipated in order to penetrate the tangle of signs and their respective bodies in which we are involved in contemporary societies.

Keywords: Body. Sign. Culture. Semiotics. Context. Ch. Sander Peirce.

1. INTRODUCCIÓN

El tema del cuerpo ha estado en mis preocupaciones teóricas desde fines de la década de 1990. En ese momento, el surgimiento de las tecnologías informáticas produjo una efervescencia del tema del cuerpo en los escritos y debates de destacados teóricos, críticos y artistas internacionales. Absorta en esta literatura y atraída por las obras artísticas que

© UNED. Revista *Signa* 32 (2023), pp. 19-27
DOI: *https://doi.org/10.5944/signa.vol32.2023.36105*
ISSN digital: 2254-9307. Papel: 1133-3634. CD-ROM: 2951-8687

entonces se producían, en 1998 publiqué un artículo titulado "El cuerpo biocibernético". Entonces, ese fue el tema de mi ponencia en el Congreso Latinoamericano de Semiótica, celebrado en La Coruña, en 1999.

Ya se hablaba mucho del "cuerpo cyborg", pero, por pura intuición o porque me gustaba la alquimia explícita entre lo bio y lo ciber, opté por la nomenclatura de bio cibernético, mucho menos popular que la de ciborg. Para mí, "bio" tiene significados más amplios que "org", exponiendo así la hibridación de lo biológico y lo cibernético de manera más explícita. Además, la biocibernética no está culturalmente tan cargada como "cyborg" con las connotaciones triunfalistas u oscuras de las imágenes del cine y de la televisión.

Unos años más tarde, en 2003, en el libro *Culturas e artes do pós-humano*, me percaté del papel que estaba jugando la transformación tecnológica del cuerpo para el surgimiento del post-humano, entendido no sólo como resultado de estas transformaciones, pero, sobre todo, como una deconstrucción de las certezas ontológicas y metafísicas implícitas en las categorías tradicionales, generalmente dicotómicas, de sujeto, subjetividad e identidad que subyacen en las concepciones de un viejo humanismo que alimentaron la filosofía y las ciencias del hombre en los últimos siglos.

Rompiendo todos los límites entre adentro y afuera, natural y técnico, selección natural y selección artificial, no es de extrañar que el cuerpo, en la multiplicidad de facetas y dimensiones que ha llegado a presentar, se haya convertido en uno de los grandes temas de la cultura. En vista de ello, en 2004 publiqué un libro titulado *El cuerpo como síntoma de la cultura*. Después de eso, seguí publicando sobre varios temas relacionados con el cuerpo, en el cine, en la moda, en las artes.

2. EL CUERPO HUMANO BAJO INTERROGACIÓN

En el transcurso del siglo XX al XXI, el problema del cuerpo, en sus aspectos psíquico, comunicacional, cultural, antropológico, filosófico y fisiológico, entró cada vez más en las preocupaciones de intelectuales nacionales e internacionales hasta convertirse, de hecho, en uno de los grandes temas de la cultura. Incluso en la biología y la medicina, que fueron tradicionalmente sus baluartes más legítimos, la cuestión del cuerpo ha pasado de ser pacífica a convertirse en un problema con implicaciones jurídicas y éticas.

Constituido por el lenguaje, sobredeterminado por el inconsciente, por la sexualidad, por lo fantasmático y también construido por lo social, como producto de valores y creencias sociales, el cuerpo se ha convertido cada vez más en el nudo gordiano en el que se anudan las reflexiones contemporáneas.

En las artes, que siempre han actuado como grandes indicadores de las mutaciones antropológicas y culturales, desde principios del siglo pasado el cuerpo ha dejado de ser una representación, un mero contenido, para convertirse cada vez más en una cuestión a explorar bajo una multiplicidad de aspectos y dimensiones que resaltan la impresionante

© UNED. Revista *Signa* 32 (2023), pp. 19-27
DOI: *https://doi.org/10.5944/signa.vol32.2023.36105*
ISSN digital: 2254-9307. Papel: 1133-3634. CD-ROM: 2951-8687

plasticidad y polimorfismo del cuerpo humano. Es el cuerpo vivo, en su vulnerabilidad, en su estar en el mundo, en sus transfiguraciones, el que ha venido a ser interrogado.

Junto a las artes y las ciencias, también en la literatura, la filosofía y el psicoanálisis, las dimensiones de la corporeidad fueron radicalmente cuestionadas. A partir de Marx, Nietzsche y Freud, que pusieron en el orden del día la acción, la voluntad y el deseo humanos, hasta entonces ignorados por la supremacía de la razón, se empezaron a extrapolar conceptos sobre el cuerpo en el mundo en su supuesta dimensión exclusivamente natural hasta entonces mantenida bajo la fisiología y anatomía. En la secuencia de estos tres grandes predecesores, con Michel Foucault, se revela un campo de investigación en torno a la acción de las prácticas, instituciones, saberes y poderes culturales sobre la experiencia del cuerpo. Entonces, a partir de Jacques Derrida y Gilles Deleuze, las crisis del sujeto y la razón abrieron paso a un pensamiento destinado a deconstruir la unicidad del sentido y la forma, del ser y del logos. En el centro de esta crisis, se trataba también de redescubrir la naturaleza intensiva del cuerpo.

En resumen, los márgenes inestables entre el *ego* y el mundo, entre lo real y lo imaginario, entre lo existente y lo proyectado, han hecho del cuerpo, materia de lo vivido, un sistema de interacciones y conexiones. Este carácter mutable del cuerpo en perenne transición, sistema auto-organizador capaz de responder al cambio, de producir cambio, está en sintonía con una realidad en la que los flujos, los movimientos y las conexiones se acentúan cada vez más.

Para muchos autores, este estado de cosas resultó, sobre todo, de la aceleración de las invenciones científicas y tecnológicas que han afectado profundamente nuestras capacidades para observar, transformar y manipular las funciones corporales y nuestros conceptos del cuerpo. La investigación en campos como la farmacología, la fisiología del cerebro, la tecnología reproductiva, las enfermedades, la prótesis y la biónica plantea cuestiones psíquicas y culturales que van mucho más allá de los límites meramente técnicos. Las distinciones que alguna vez fueron cómodas entre hombre / mujer, vivo / muerto, natural / artificial, corporeidad / incorporeidad, yo / otro, autónomo / controlado, orgánico / inorgánico se están erosionando cada vez más. ¿Cuáles son los límites naturales del cuerpo cuando las drogas manipulan el estado de ánimo, la fuerza, la energía, la potencia sexual y la inteligencia?

Otros autores encuentran las razones que precipitaron este estado de cosas en la fragmentación del sujeto, en la espectacularización de la realidad por la excesiva proliferación de imágenes, especialmente corporales en los medios, en la virtualización provocada por las redes informáticas, en las transformaciones de lo imaginario y lo real del cuerpo provocado por las tecnologías con las que el mundo y el ser humano están siendo invadidos. Ciertamente, son muchas las razones que, actuando en conjunto, constituyen una fuerza perturbadora de las ilusiones tradicionales sobre la estabilidad de nuestros límites corporales y de su identidad unitaria.

No hay forma de hablar del cuerpo sin cuestionar los límites entre el yo y el otro, las ambigüedades entre el ser y el parecer, el ser y el tener, lo visible y lo invisible, sin mirar

prácticas que incluyen tanto el milagro del parto y el horror de la amputación, desde la autopsia hasta el canibalismo, desde la alimentación hasta el baile, desde el éxtasis hasta la guerra. Entender el cuerpo significa hablar del cuerpo de Cristo y del cuerpo del Rey, del cuerpo sin órganos y del cuerpo nómada. Significa, finalmente, reflexionar sobre la turbulencia de la sexualidad y de la histeria, sobre las ambivalencias del narcisismo y la destructividad del goce, sobre la degeneración y la muerte, el precio que pagamos como cuerpos vivos que vienen al mundo a través de la reproducción sexual, o sea, nuestra finitud irremediable y radical.

Tras esta introducción, es necesario discutir ahora mi hipótesis de que el cuerpo se ha convertido en uno de los síntomas más relevantes de la cultura. Hablar del cuerpo como síntoma abre tres caminos posibles. 1) El camino semiótico, ya que un síntoma es un tipo de signo; 2) La vía psicoanalítica, ya que síntoma es un concepto que proviene del inconsciente; 3) El camino semiótico psicoanalítico, que es mucho más complejo. Dado que estamos en un congreso de semiótica, seguiré el camino de la semiótica con la afirmación de que todo cuerpo es un signo y, por lo tanto, todo signo tiene un cuerpo. Parece una tautología, pero no lo es. Si bien es relativamente obvio decir que todo cuerpo es y funciona como un signo, no se puede decir lo mismo de la afirmación de que todo signo tiene un cuerpo, a menos que veamos.

3. FENOMENOLOGÍA EN LOS FUNDAMENTOS DE LA SEMIOSIS

Para desarrollar este tema recurro a la semiótica de C. S. Peirce. Desafortunadamente, el tratamiento de la semiótica peirceana suele reducirse a una visión esquemática e improductiva de las tricotomías de signos. Esta reducción no hace justicia al potencial que se puede extraer de la semiótica de Peirce, lo que implica tener en cuenta que se trata de una semiótica filosófica fundamentada en una fenomenología muy diferente a la fenomenología europea, en definitiva, una semiótica que nos proporciona conocimientos ontológicos y epistemológicos para reflexionar sobre el universo de los signos y, en consecuencia, sobre la forma en que se nos aparece la realidad y cómo estamos equipados para interpretarla, apoyándonos en la mediación de los signos.

Comencemos con una muy breve descripción de la fenomenología. Siguiendo la tradición que venía de Aristóteles de establecer las categorías universales a través de las cuales hablan las cosas, la originalidad de Peirce, en el contexto de la historia de la filosofía, radica en el establecimiento de tres categorías elementales y, sobre todo, universales y omnipresentes, o sea, son tan generales que están presentes en todos los seres de cualquier género y especie. Por eso mismo, no tienen poder analítico, pero son relevantes para el diagnóstico de territorios de dominio en la compleja realidad en la que estamos insertos. Los nombres que Peirce dio a las categorías son indicadores de su generalidad: primeridad, secundidad y terceridad. Son tres tipos de lógicas interrelacionadas: monádica, diádica y triádica. Para orientarnos en estos territorios, describo a continuación las ideas a las que se vincula cada una de las categorías.

© UNED. Revista *Signa* 32 (2023), pp. 19-27
DOI*: https://doi.org/10.5944/signa.vol32.2023.36105*
ISSN digital: 2254-9307. Papel: 1133-3634. CD-ROM: 2951-8687

La primeridad está ligada a las ideas de:

Calidad (donde hay un fenómeno, habrá una calidad o un compuesto de calidades: colores, formas, luces, líneas, volúmenes, gradaciones, textura, brillo, sombras, etc.); Posibilidad (el universo de lo posible, de lo que aún no existe en el mundo); Sentimiento (vago e incierto: "Tengo un feeling", que no debe confundirse con la emoción, a la que ya podemos dar nombres: alegría, tristeza, melancolía, etc.); Indefinición (lo posible aún no tiene definición, la definición es abstracta, producto de la mente, lo posible es vago e incierto, algo que se escapa y que la mente no puede abarcar en clases generales); Indeterminación (si lo posible aún no tiene existencia, entonces no puede ser determinado. Solo podemos determinar lo que existe).

La secundidad está vinculada a las ideas de:

Dualidad, relaciones entre pares, acción-reacción, esfuerzo y resistencia, conflicto, antagonismo, hecho, lo que realmente sucede, aquí y ahora, todo lo que tiene existencia real, singularidad, determinado, discontinuidad, ruptura, sorpresa, choque, lucha, obstrucción, duda.

La terceridad pertenece al universo de las leyes abstractas, la continuidad, la generalidad, la convención, el hábito, la tendencialidad, el tiempo, la inteligencia, el saber. La idea más simple de terceridad es la idea del signo. Todo signo implica un movimiento triádico, porque todo signo se refiere a algo, se aplica a algo, cuando hablamos o escribimos siempre hablamos o escribimos de algo. Cuando dibujamos o fotografiamos, registramos la imagen de algo. Cada película o programa de televisión cuenta la historia de alguna situación, etc. Ahí tenemos dos elementos. El tercero aparece tan pronto el signo encuentre un intérprete y produce en la mente de ese intérprete otro signo, que Peirce llama el interpretante. Por tanto, en la terceridad, si bien sigue siendo una categoría fenomenológica, ya da entrada al universo de la semiótica. Es el punto en que la fenomenología y la semiótica se encuentran.

4. LA SEMIOSIS DEL CUERPO DEL SIGNO

La tercera categoría corresponde a la noción del signo triádico o genuino. Esto no quiere decir que no haya signos diádicos y monádicos que son más rudimentarios. Sin embargo, sin entrar en estos detalles, lo que importa destacar para el tema del cuerpo del signo es que las categorías son sumamente relevantes para penetrar más sutilmente en las famosas clases triádicas de signos establecidas por Peirce. La sutileza es necesaria porque nos ayuda a deconstruir dos grandes mitos desorientadores que aparecen cuando se menciona la clasificación peirceana de los signos, a saber, el mito de que los signos son entidades abstractas e incorpóreas y que la semiótica peirceana no proporciona insumos para pensar el contexto de los signos. Ambos mitos están relacionados e igualmente falsos.

Recordemos las tríadas:

Tricotomía► Categoría ▼	1. signo en sí (representamen)	2. signo en relación con su objeto	3. signo en relación con el interpretante
primeiridad	qualisigno	ícono	rhema
secundidad	sinsigno	índice	dicente
terceiridad	legisigno	símbolo	argumento

Tabla 1. Fuente: la autora, sobre las ideas de C. S. Peirce

Este diagrama es ampliamente citado y conocido. Sin embargo, la mayoría de las veces los comentaristas se detienen en la relación icónica, indexical o simbólica, sin la necesaria atención a la naturaleza interna del signo, sin preguntarse ni detenerse en las características, en las propiedades que debe tener el signo para ejercer las funciones de icono, índice y símbolo.

No me detendré en otro error, que suele cometerse, de aislar estas tres funciones, excluyendo una de la otra, olvidando que las categorías son omnipresentes, por lo que la iconicidad, la indexicalidad y el simbolismo son facetas que están presentes en todos y cada uno de los signos. Para ser índice, el signo no puede dejar de ser también icono, así como, para ser símbolo, no puede dejar de ser a la vez índice e icono, ya que estos son facetas componentes de todo signo.

Ciertamente existe el predominio de una faceta sobre la otra que depende del punto de vista tomado por el intérprete. De este punto de vista dependerá, a su vez, el interpretante producido en su mente. Si bien esta consideración es de suma importancia, sobre todo porque es común descuidarse de ella, en esta presentación lo que pretendo explorar es el cuerpo del signo. Para ello, tenemos que prestar atención, en primer lugar, a la naturaleza del propio signo. Veamos una vez más el gráfico con atención.

Miremos el núcleo, miremos el elemento que ocupa el centro del gráfico. Allá está el sinsigno. Literalmente, sin es un prefijo de singular. Por lo tanto, sinsigno se refiere a la unicidad de un signo. El centro del gráfico que ocupa es precisamente el punto en el que se encuentran dos aspectos de la secundidad. La secundidad de la naturaleza misma del signo y la secundidad que concierne a la relación dual que todo signo tiene con su objeto. Si recordamos las características de la secundidad, podremos concluir que su núcleo se encuentra en el carácter de existencia de todas las cosas, cuando dejan de ser sólo posibles, es decir, aún no existentes, antes que se imponen a su existencia real. ¿Qué significa existir? Veamos un pasaje esclarecedor de Peirce en el que queda claro que hay diferentes tipos de existencia:

> Hay la existencia de acciones físicas. Hay la existencia de todos los tiempos. Hay la existencia del presente. Hay la existencia de las cosas materiales. Hay la existencia de las creaciones de una de las piezas de Shakespeare y, a partir de esto debemos saber, puede haber otra creación con un tiempo y un espacio propios en los que las cosas pueden existir.

© UNED. Revista *Signa* 32 (2023), pp. 19-27
DOI*: https://doi.org/10.5944/signa.vol32.2023.36105*
ISSN digital: 2254-9307. Papel: 1133-3634. CD-ROM: 2951-8687

> Cada tipo de existencia consiste en tener un lugar entre la colección total de su universo (CP 1.433, traducción de la autora)[1].

Ahora bien, para existir, para tener un lugar en el mundo, todo lo que existe debe estar encarnado. De aquí se sigue que sería imposible ejercer la función de un signo si faltara su carácter de existencia, de singularidad. La existencia no se reduce a la estrecha noción de palpabilidad. Una mera fantasía existe en la mente de quien la cultiva y produce efectos en las formas de actuar de quien alimenta su fantasía.

Estamos rodeados de signos por todos lados, y, además, los signos siguen creciendo desmesuradamente en el mundo y, más aún, todos presentan una corporeidad, más simple o más compleja, todos tienen un cuerpo con el que ocupan un lugar y un tiempo en el contexto en que existen, de lo contrario no podrían funcionar como signos. Veamos las pantallas de nuestros *smartphones* como ejemplo. Lo que vemos es una profusión de signos de variados tipos, imágenes, textos y audiovisuales que se mueven de página en página, cambiantes al tacto de nuestros dedos.

Es cierto que se trata de textos e imágenes que funcionan como signos de los objetos a los que se refieren, signos que muestran una corporeidad que les es propia. Pero los objetos referidos son también signos más o menos complejos que exhiben también los cuerpos que son constitutivos de su existencia.

Lo que también se puede ver es que el carácter de existencia es inseparable de las cualidades que exhibe cada signo, por tanto, todo existente está impregnado de cualisignos y, por tanto, también de funciones icónicas, así como de funciones simbólicas. Estas dependen del papel que ocupa lo existente en una cultura, es decir, en un tiempo y espacio determinados. Es en este punto que entramos en el examen de la relación entre el signo y su objeto, lo que nos permitirá desmontar el segundo mito, es decir, la idea errónea de que el signo peirceano no está relacionado con el contexto. Es aquí nuevamente donde el sinsigno indicial dicente nos brinda elementos preciosos para la discusión.

5. EL CONTEXTO DE EXISTENCIA DEL SINSIGNO

El sinsigno es ejemplar para esta discusión porque todo signo existente sólo puede existir en un contexto, es decir, en su universo de existencia. El sinsigno indicial dicente es un tipo de signo que mantiene una conexión existencial con su objeto de referencia, o, mejor dicho, el sinsigno es siempre parte de un todo mayor que corresponde a su objeto, es decir, a lo que el signo señala o designa. El sinsigno, por lo tanto, indica su contexto de existencia.

Hay signos indexicales genuinos, como un dedo que señala, una fotografía sin manipulación, una luz roja, una llamada de atención. ¿Qué tipo de signo es este? Es aquel que está en conexión existencial con su objeto de referencia. En efecto, apunta a algo que

[1] De acuerdo con los estándares internacionales, el trabajo se cita como CP seguido del número de volumen y el número de párrafo.

DOI: *https://doi.org/10.5944/signa.vol32.2023.36105*
ISSN digital: 2254-9307. Papel: 1133-3634. CD-ROM: 2951-8687

está o estuvo allí, constituyendo así una relación dual, de hecho existente en el tiempo y en el espacio, entre el signo y su objeto. Pero también existe otro tipo de indexicalidad que se denomina "designativa" cuando el discurso verbal o mixto (con o sin imágenes) tiene como objeto de referencia un acontecimiento, una situación, un acontecimiento que existió en el tiempo y en el espacio próximo o remoto. El objeto al que se refiere el discurso no es fruto de la imaginación ni de los estados de ánimo del hablante. Tampoco es fruto de la abstracción racional. Por el contrario, aquello a lo que se refiere el discurso, de hecho, existió, sucedió en el fluir del tiempo y en un corte del espacio, produciendo efectos reales en el mundo de la naturaleza y de los seres humanos.

Sin embargo, todo lo que sucede, lo hace en un contexto sin límites predefinidos. Todo contexto es una síntesis de múltiples determinaciones. Acontecer en un tiempo y espacio determinados no significa que el hecho no esté múltiplemente determinado ya que, en realidad, condensa sus antecedentes y sus consecuentes. Los hechos individuales tienen su verdad, que es su existencia, en la suma de sus efectos (CP 1.457). No es casualidad que las palabras de Marx se acerquen mucho a la insistencia de Peirce en lo existente que es lo que Marx llama concreto.

> Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones y, por tanto, es la unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, y no como punto de partida, aunque es el verdadero punto de partida, y por tanto también el punto de partida de la intuición y de la representación. En el primer caso, la representación plena se volatiliza en una determinación abstracta; en el segundo caso, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto a través del pensamiento. Por eso Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se enfoca en sí mismo, profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo; mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es, para el pensamiento, sólo el modo de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo en forma de pensamiento concreto (Marx, 2011: 54-64, traducción de la autora).

6. EL CUERPO COMO SÍNTOMA DE LA CULTURA

La existencia es el curso de la vida y ese curso tiene lugar en contextos espacio temporales. Como seres de lenguaje que somos, estamos siempre enredados en contextos, es decir, signos y objetos de signos en una malla semiótica multidimensional y heteróclita. Ahora, en las sociedades contemporáneas, la malla de signos se ha vuelto densa. Los signos crecen porque crecen los medios en los que transitan los signos en la conjugación de dos tipos de corporeidad, la corporeidad de los signos y la corporeidad de los medios. Signos y medios crecen desmesuradamente, poblando la superficie del planeta y avanzando ya hacia el cielo. Vivimos mucho más con signos que con seres que solemos llamar carnales, que además son también signos complejos, cada uno con su propia corporeidad. Poco nos damos cuenta de que cuando llevamos un teléfono inteligente con nosotros, que evidentemente tiene un cuerpo propio, llevamos con nosotros un medio de todos los medios, un hipersigno de muchos signos.

Dando por sentado que todos los signos tienen un cuerpo, existimos en un mundo poblado por una avalancha de signos, cada uno con su propio cuerpo, transitando y circulando en una multiplicidad de medios, aplicaciones y pantallas. Por tanto, cuando digo que el cuerpo se nos aparece como síntoma de la cultura, no me refiero sólo a los cuerpos biológicos, o exclusivamente a los cuerpos humanos, que, de hecho, hoy son puestos en tela de juicio. Me refiero también a las marañas de cuerpos sígnicos que nos rodean, nos penetran y nos enredan en hilos densamente entrelazados, pero, sobre todo, inestables en medio de los cuales buscamos incesantemente orientarnos en los modos de existencia que nuestra cultura nos permite lograr.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

MARX, K. (2011). "O método da economia política (Introdução)". En *Grundrisse*, K. Marx (ed.), 54-64. São Paulo: Boitempo.

PEIRCE, C. S. (1931-1958). *Collected Papers*. Vols. 1-6, Charles Hartshorne e Paul Weiss (eds.); vols. 7-8, Arthur Burks (ed.). Cambridge: Harvard University Press.

SANTAELLA, L. (1998). "Cultura tecnológica e o corpo biocibernético". *Margem* 8, 33-44.

____ (2003). *Culturas e artes do pós-humano. Da cultura das mídias à cibercultura*. São Paulo: Paulus.

____ (2004). *Corpo e comunicação. Sintoma da cultura*. São Paulo: Paulus.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).

Fecha de recepción: 30/06/2022
Fecha de aceptación: 20/10/2022